

¿Ideología o racionalidad? Interrogaciones epistemológicas sobre la relación neoliberalismo-democracia a partir de la perspectiva foucaultiana

Lucía Wegelin¹

Recibido: 18-08-2020 / Aprobado: 22-06-2021

Resumen. En este trabajo propongo desplegar algunos aspectos de la discusión epistemológica sobre cómo entender el neoliberalismo con el objetivo de repensar su relación con la democracia, a partir de ciertos textos que se inscriben en la tradición crítica de M. Foucault. Para eso, en primer lugar, presento las críticas de Foucault al concepto de ideología en función de las cuales se formula la perspectiva del neoliberalismo como una racionalidad. Esa perspectiva foucaultiana –en la que me detengo en el segundo apartado– es retomada por pensadores contemporáneos como W. Brown, C. Laval y P. Dardot, quienes estudian el neoliberalismo como un nuevo modo de gobierno de los hombres, pero ellos se preguntan por eso que estaba fuera de la preocupación de Foucault: el modo en el que esta racionalidad afecta a las democracias. En efecto, la hipótesis compartida por estos autores es que la extensión de la razón neoliberal deshace todo espacio para la política democrática, de modo que habría una relación inmanente entre antidemocratismo y neoliberalismo. En el último apartado, identifico ciertos límites epistemológicos de la perspectiva de la racionalidad para estudiar el estado de las democracias contemporáneas repensando la utilidad del concepto de ideología para entender el neoliberalismo contemporáneo.

Palabras clave: neoliberalismo; racionalidad política; ideología; desdemocratización.

[en] Ideology or rationality? Epistemological questions about the relationship between neoliberalism and democracy from the foucaultian perspective

Abstract. In this paper I propose to deploy some aspects of the epistemological discussion about how to understand neoliberalism, with the goal of rethinking its relationship with democracy, departing from some texts identified with M. Foucault's critical tradition. In order to do that I expose Foucault's critics to the concept of ideology from where the perspective of neoliberalism as a rationality. The foucaultian perspective –that I focus in the second section of the paper– is taken up by contemporary thinkers such as W. Brown, C. Laval and P. Dardot, who study neoliberalism as a new mode of government of people, but they go further Foucault by wondering about the effects of this new rationality on democracies. Indeed, the hypothesis shared by these authors is that the extension of neoliberal reason undoes every space for democratic politics so that there would be an immanent relationship between anti-democratism and neoliberalism. In the last section, I feature some epistemological limits of the rationality perspective to study the state of contemporary democracies, rethinking the concept of ideology's power to understand contemporary neoliberalism.

Keywords: neoliberalism; political rationality; ideology; dedemocratization.

Sumario. 1. Introducción. 2. La racionalidad como modo de gobierno. 3. La racionalidad como antidemocratismo. 4. Límites epistemológicos de la racionalidad de lo ilimitado. 5. Bibliografía.

Como citar: Wegelin, L. (2021). ¿Ideología o racionalidad? Interrogaciones epistemológicas sobre la relación neoliberalismo-democracia a partir de la perspectiva foucaultiana. *Polít. Soc. (Madr.)* 58(3), 71154. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.71154>

1. Introducción

El neoliberalismo aparece como el modo de adjetivar los múltiples y heterogéneos objetos de estudio de las ciencias sociales contemporáneas. Las ciudades neoliberales, la universidad neoliberal, las políticas sociales o culturales con ese signo son algunos de esos objetos privilegiados en la formulación de las preguntas que movilizan al conocimiento social hoy, pues el neoliberalismo se ha convertido en el nombre de nuestros tiempos, de manera tal que la investigación que se preocupa por el presente no puede evitar pronunciarlo. En este marco, se vuelve evidente que la pregunta epistemológica por el adjetivo de nuestras investigaciones es central

¹ Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero y Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos-UNSAM (Argentina).
E-mail: luciawegelin@gmail.com

a la hora de entender “eso” que atraviesa nuestras sociedades: ¿es una doctrina económica? ¿es un modelo de políticas públicas? ¿es una cultura o una subjetividad?

A partir de la publicación del curso de M. Foucault en el College de France durante 1979 (*Nacimiento de la biopolítica*, 2007), las ciencias sociales asumieron la necesidad de pensar al neoliberalismo no solo como una doctrina económica o un modelo de políticas públicas que transforman la estructura económica, produciendo el debilitamiento del Estado como organizador de la economía nacional y la ampliación del campo de acción de las empresas globales y los flujos financieros internacionales. La perspectiva foucaultiana, desarrollada en los últimos años por estudios como los de Christian Laval y Pierre Dardot, Wendy Brown o Geoffroy Lagasnerie, entre otros, insiste en la especificidad del neoliberalismo como modo de gobierno de las conductas de los hombres que funciona capilarmente produciendo normatividades prácticas y modos de subjetivación, y no solo destruyendo el lazo social a través de la atomización individualizante (Lagasnerie, 2015: 15). Es por eso que se sostiene la tesis del neoliberalismo como una nueva racionalidad política, es decir, una transformación de los modos de gobierno, ya no fundados en una razón de Estado, sino en la competencia económica, aunque sea “en un marco y con instrumentos estatales” (Foucault, 2007: 360). Con el objetivo de superar la comprensión del neoliberalismo solo como una teoría, una ideología o una manera de representarse la sociedad que disuelve las estructuras de la sociedad salarial (Castel, 2002), la perspectiva foucaultiana pone el énfasis en la transformación de los modos del gobierno sobre los hombres, la producción de una nueva normatividad social que se constituye como un nuevo modo de la política misma.

Mi hipótesis, apoyada en la lectura crítica que Etienne Balibar ha hecho de un ensayo de Brown publicado en 2005², es que es esa interpretación del carácter novedoso del neoliberalismo en tanto racionalidad política la que conduce a algunos continuadores del trabajo crítico de Foucault sobre el neoliberalismo a realizar formulaciones apocalípticas sobre un más allá de la democracia hacia donde este nuevo modo de gobierno conduciría. Me refiero puntualmente a textos como *L'étrange victoire* (2016) de Laval y Dardot (traducido recientemente como *La pesadilla que no acaba nunca*) y *Undoing the demos* de Brown (publicado en 2015 en inglés y traducido como *El pueblo sin atributos*) en los que se pretende explicar el devenir antidemocrático de las sociedades como un despliegue inmanente de esta nueva racionalidad política³. Esa deriva antidemocrática es sin duda una marca de nuestros tiempos a nivel global, que tiene en las figuras de Trump y Bolsonaro las emergencias más evidentes⁴. Sin embargo, pretendo mostrar que estudiarla como una consecuencia lógica de una nueva racionalidad política, tal como lo hacen los dos textos mencionados, construye un escenario apocalíptico para la democracia, para la política y para el sujeto.

Eso no implica asumir que el autoritarismo político representado por los presidentes de EE. UU. o Brasil es una reacción exterior a la crisis del neoliberalismo (Fraser, 2017) porque los discursos nacionalistas de la campaña de Trump, el Brexit o el nacionalismo anti-UE de Marine Le Pen parecen oponerse a los intereses del capital económico internacional. Si pudiéramos seguir pensando el neoliberalismo como una ideología, que funciona con mecanismos específicos que propician su articulación con modos nuevos y viejos de autoritarismo social, pero no se constituye como una transformación radical de los modos de la dominación política, sería posible comprender la desdemocratización que caracteriza a nuestros tiempos en el marco en el que la entienden actualmente pensadores inscriptos en la tradición marxista como Balibar (o incluso Wolfgang Streeck): un capítulo nuevo de la histórica tensión entre capitalismo y democracia.

En primer lugar, me dedicaré a reconstruir la noción de racionalidad tal como comienza a aparecer en el curso de 1977 publicado como *Defender la sociedad* y el modo en el que esta noción se asocia definitivamente al neoliberalismo en *El nacimiento de la biopolítica*, con vistas a especificar el modo en el que allí se articula su carácter novedoso. Luego presentaré el conflicto entre ese nuevo modo de gobierno y la política democrática, tal como es sugerido por los textos de Laval y Dardot y Brown para, por último, señalar los límites epistemológicos que la perspectiva foucaultiana tiene a la hora de estudiar los procesos de desdemocratización que atraviesan a las sociedades capitalistas contemporáneas desde el concepto de racionalidad.

2. La racionalidad como modo de gobierno

El desplazamiento de Foucault del concepto de ideología había sido anunciado incluso antes de comenzar a investigar el neoliberalismo. En el curso de 1977 pueden encontrarse sus críticas a tal concepto, probablemente apuntadas hacia el célebre texto de L. Althusser “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”⁵. Más allá de

² El texto es “Neo-liberalism and the end of Liberal Democracy”, en *Edgework. Critical essays on knowledge and politics*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2005. Balibar dedica un capítulo de su texto *Ciudadanía* (2013) al ensayo de Brown.

³ Ya en el 2004 Colin Crouch publicaba su libro *Posdemocracia* preocupado por el vaciamiento político de las democracias occidentales que se convierten progresivamente en estructuras formales, alejándose cada vez más de la agenda igualitarista. Ese diagnóstico sobre las tendencias crecientes de una despolitización y desdemocratización de las sociedades globalizadas es lo que los estudios de Brown y Laval y Dardot pretenden explicar desde la hipótesis del neoliberalismo como racionalidad.

⁴ Por supuesto que no son esos fenómenos políticos los que están en el centro de la preocupación de los textos de Brown o Laval y Dardot (que incluso son temporalmente anteriores), pero aparecen aquí como epifenómenos de la crisis de las democracias que estos autores anunciaban en sus investigaciones.

⁵ Publicado en *La pense* en 1970 y extraído de *Sobre la reproducción* (2015).

la discusión sobre si aquello que Foucault sostiene sobre el concepto de ideología puede ser endilgado o no a Althusser⁶, en la crítica al concepto de ideología que aparece en la segunda clase de *Defender la sociedad* (2010) se elabora al mismo tiempo una toma de posición epistemológica que va a estar luego en la base del concepto de racionalidad desplegado *in extenso* en el curso sobre la biopolítica. En ese sentido, se podría decir que la idea de “racionalidad” condensa la última formulación de la teoría foucaultiana del poder y es entonces una opción epistemológica. Pero a la vez, esta se corresponde con las transformaciones históricas de los modos de gobierno que son el objeto del curso posterior sobre el (neo)liberalismo.

En el curso de 1977 aparecen una serie de “precauciones metodológicas” sobre cómo estudiar las relaciones de dominación que condensan una teorización sobre el poder contraria al modelo del Leviathan asociado a la teoría jurídico política de la soberanía, es decir, la razón de Estado. Foucault sostiene que en los siglos XVII y XVIII habría aparecido una nueva mecánica del poder que podemos asociar entonces con la necesidad de asumir esas precauciones de método a la hora de estudiar al gobierno de los hombres en nuestras sociedades.

Entre esos cinco principios metodológicos, aparece el corrimiento de la noción de ideología:

Bien puede ser que las grandes maquinarias del poder estén acompañadas por producciones ideológicas. (...) Pero en la base, en el punto de remate de las redes de poder, no creo que lo que se forme sean ideologías. Es mucho menos, y me parece, mucho más. Son instrumentos efectivos de formación y acumulación del saber, métodos de observación técnicas de registro, procedimientos de investigación y búsqueda, aparatos de verificación. Es decir que el poder, cuando se ejerce en sus mecanismos finos, no puede hacerlo sin la formación, la organización y la puesta en circulación de un saber o, mejor, de aparatos de saber que no son acompañamientos o edificios ideológicos (Foucault, 2007: 43).

La noción de ideología se asocia allí a un edificio, es decir, un saber consistente y construido según la intención de un constructor para ser de una determinada manera y cumplir la función de acompañar o incluso encubrir lo que está por debajo. En principio, podemos oír allí la alusión a la metáfora arquitectónica que resultó tan cara al marxismo: la ideología como superestructura que oculta –y garantiza– la dominación estructural a través del engaño de las conciencias. En un fragmento de una de las entrevistas publicadas en *Microfísica del poder* (Foucault, 1992:192) con el título “Verdad y poder”, Foucault hace explícita una crítica a esa concepción. Allí sostiene que la noción de ideología implica siempre una contraposición, aunque sea virtual, con la verdad como lo otro de sí, mientras que él insiste con la pregunta por cómo se produce la verdad como verdad.

Por otro lado, la ideología siempre está asociada al sujeto. En el mismo sentido, en otra de las entrevistas compiladas en ese libro se afirma que el problema con el concepto de ideología es que localiza la dominación como un fenómeno de la conciencia subjetiva, sin registrar “la cuestión del cuerpo y los efectos del poder sobre él” (Foucault, 1992: 114). Por lo tanto, Foucault no solo critica la equiparación de la ideología con lo falso, sino el peligro de que bajo ese modelo se pase por alto la dimensión material o física del poder que él se encargó de enfatizar con su microfísica.

Por último, en su crítica a la noción de ideología se expresa también el anudamiento del complejo saber-poder que funciona a lo largo de todas sus investigaciones. En “¿Qué es la crítica?” (1995) se define la actitud de la crítica como la búsqueda de los lazos entre conocimiento y coerción. Ese nexo es lo que estructura la aceptabilidad del sistema y no puede ser pensado en términos de ocultamiento o legitimidad en el orden de las conciencias, porque la verdad y el poder son el efecto de ese complejo anudado. Vale decir que es ese nudo el que él se niega a deshacer cuando rechaza pensar a los discursos del saber en términos de “acompañamiento” (o podríamos decir, justificación o legitimación) de la dominación. La amalgama entre saber-poder también implica la imposibilidad de un espacio otro para la verdad en el que pueda desplegarse un discurso teórico capaz de producir conocimiento crítico sobre la dominación. De esa manera, esta tercera objeción al concepto de ideología se asocia con su crítica a la contraposición entre verdad y falsedad que el anudamiento saber-poder impide seguir sosteniendo.

Esas tres objeciones al concepto de ideología que Foucault puntualiza en la entrevista titulada “Verdad y poder” (1992:192) (depende de una contraposición con la verdad, describe un fenómeno del orden de las conciencias y desarma el complejo saber-poder) se enlazan con la perspectiva del poder que Foucault delinea cuando enuncia el resto de las “precauciones de método” en *Defender la sociedad*.

Allí se sostiene que el poder no debe analizarse desde su centro sino donde se vuelve capilar (1). Posteriormente, que no debe preguntarse por la intención de quien está “detrás” de él sino “cómo se constituyen poco a poco, progresiva, real, materialmente los súbditos [*sujets*], el sujeto [*sujet*], a partir de la multiplicidad de los cuerpos, las fuerzas, las energías, las materias, los deseos, los pensamientos, etcétera” (Foucault, 2010: 37) (2). Además, afirma que no se trata de una dominación maciza que se aplica sobre los individuos, sino de redes que producen individuos y circulan a través de ellas (3). Por lo tanto, no habría que hacer un análisis descendente

⁶ En el texto “El alma es la prisión del cuerpo: Althusser y Foucault, 1970-1975” (1994), Warren Montag se ha ocupado de cuestionar las lecturas que tienden a oponer a Foucault y Althusser en relación con el problema de la ideología. Para ello Montag hace una operación de lectura del concepto de ideología en Althusser que privilegia su carácter material sobre el imaginario. Así, a través de Spinoza, la ideología material althusseriana es reconectada con la microfísica del poder foucaultiana.

del poder a partir de su cetro, sino un análisis ascendente partiendo de los “mecanismos infinitesimales que tienen su propia historia, su propio trayecto, su propia técnica y táctica, y ver después cómo esos mecanismos de poder, (...) fueron y son investidos colonizados, utilizados, (...) por unos mecanismos cada vez más generales y unas formas de dominación global” (2010, p.39) (4). Pensar racionalidades en lugar de ideologías habilita la pregunta por cómo se construye la verdad y por un poder que está más allá (o más acá) de toda intención subjetiva, pues se extiende microfísicamente.

En ese sentido, podría interpretarse que pensar el poder en términos de racionalidad es la opción epistemológica que Foucault sostiene hacia fines de la década del 70. Pero a la vez, la transformación de la concepción jurídica del poder que el liberalismo comenzó a transformar en el siglo XVIII asume, en el mismo curso de 1977, el nombre de una *racionalización de la política* que constituye la novedad de la gubernamentalidad liberal: el poder funcionaría según las reglas de maximización económica, que son las que instituyen lo verdadero. El liberalismo como racionalidad implica entonces esta novedad histórica (y no solo una toma de posición epistemológica⁷) en tanto se trata de un modo de gobierno de la conducta de los hombres que funciona poniendo límites al Estado, al hacer del mercado el lugar de veridicción.

El neoliberalismo que Foucault rastrea en la Alemania de posguerra actualizaba ese régimen de veridicción que la economía política clásica había construido en torno a la libertad de mercado, pero se trataría de una racionalización de la política, capaz de fundar el poder político del Estado (y no solo limitarlo internamente). La racionalidad política neoliberal convierte la libertad económica en poder instituyente (sin asumirla como un principio natural sino como algo que debe ser producido activamente), de manera que el orden jurídico y la legitimidad del Estado son resultados suyos. Como sostienen Laval y Dardot, ya no se trata de los límites que la economía puede ponerle al gobierno político, sino de hacer del mercado el principio de gobierno.

Es por eso que términos como soberanía, legitimidad e incluso ideología no funcionan para pensar la dominación neoliberal según esta perspectiva fundada por Foucault. Por lo tanto, no se trata solo de una opción epistemológica asociada a su particular teoría del poder, sino del registro de una transformación histórica del modo de gobierno de los hombres que ya no parece depender de ninguna razón subjetiva: ni la soberana que toma decisiones y requiere el engaño ideológico para conducir conductas, ni la gobernada que legitima el poder estatal. La propia economía se convierte en la grilla de inteligibilidad de lo social, una racionalidad sin sujeto cuyo objeto es la sociedad misma sometida a la lógica competitiva, una sociedad empresa. El sujeto ya no participa ni como gobernador ni como gobernado de las tecnologías políticas del neoliberalismo que se constituyen como una racionalidad que organiza las acciones de ambos.

El gobierno neoliberal se define como lo que Weber denominaba una *lebensführung*, un régimen de conducción de la vida que funciona tanto a nivel subjetivo como estatal. Sin embargo, esa racionalidad de la vida se asociaba para Weber a un orden de motivaciones subjetivas que eran necesarias para la legitimidad de la dominación, como por ejemplo la ética protestante. En cambio, desde la perspectiva foucaultiana el neoliberalismo habría transformado los modos de gobierno sobre los hombres de manera tal que ya no requeriría de ninguna mediación subjetiva para conseguir su expansión. Por eso no tendría sentido preguntarse por sus modos de legitimación o justificación ni tampoco por la acción política neoliberal, pues la política misma se habría transformado en una racionalidad que se expande por lo social.

3. La racionalidad como antidemocratismo

En *La nueva razón del mundo*, Laval y Dardot retoman la hipótesis foucaultiana del neoliberalismo como una nueva racionalidad política definida como “el despliegue de la lógica del mercado como lógica normativa generalizada, desde el Estado hasta lo más íntimo de la subjetividad” (Dardot y Laval, 2013: 25). Lo “neo” que se inscribe en el prefijo es entonces esa transformación racionalizadora de la política (entendida como gobierno de los hombres) que disuelve el espacio para términos de la teoría jurídica del poder como soberanía o legitimidad. De allí que la democracia aparezca para ellos y para Brown como lógicamente derrotada por el neoliberalismo. La transformación epistémica que el neoliberalismo produce históricamente en la política

⁷ Brown intenta resolver esta encrucijada de la teoría de Foucault diferenciando el concepto de racionalidad política, que ella asocia específicamente a la teoría del poder de Foucault (“Para Foucault, las racionalidades políticas son transformadoras de mundo, ordenes hegemónicos de razón normativa, productoras de sujetos, mercados, Estados, leyes, jurisprudencia y sus relaciones” (Brown, 2015: 121)), del concepto de gubernamentalidad, que sería el nombre de la transformación histórica que el (neo)liberalismo produce. Sin embargo, a la hora de rastrear los orígenes del concepto de racionalidad foucaultiano, ella se remite al proceso de racionalización estudiado por Max Weber y la Escuela de Frankfurt, es decir, se trataría de un proceso histórico que extiende un modo de dominación. En efecto, cuando ella piensa la novedad del neoliberalismo, se refiere a su capacidad de producir una racionalización de la política. Por lo tanto, no es posible sostener esa diferencia entre un concepto epistemológico y otro histórico. Por su parte, Lagasnerie interpreta que Foucault efectivamente hace del neoliberalismo un instrumento de renovación de la teoría, pero no porque renuncie a la posición crítica, sino porque encuentra allí la posibilidad de deshacerse de valores preliberales: “En otras palabras, Foucault vio en los conceptos de ‘mercado’, ‘racionalidad económica’, ‘*homo economicus*’, etc., instrumentos críticos sumamente poderosos que permitían descalificar el modelo del Derecho, la Ley, el Contrato, la Voluntad General, etc. Ese paradigma abre paso a la posibilidad de hablar un lenguaje que no sea el del Estado” (Lagasnerie, 2015: 97). Definir si eso tiene potencialidad crítica o no excede el interés y los objetivos de este trabajo, pero lo cierto es que en las lecturas contemporáneas de los textos del último Foucault, la concordancia entre la posición epistemológica y su último objeto de estudio es tema de debate.

clausura el espacio para una institucionalidad política democrática que pueda sostener su diferencia con respecto al principio de la competencia a través del cual se extiende esta racionalidad.

Asumir como punto de partida que el neoliberalismo es una racionalidad política permite avanzar con ciertos modos de la crítica, pero condiciona *a priori* las posibilidades de considerar los modos de supervivencia de una política democrática. Por un lado, la perspectiva foucaultiana permite refutar los análisis simplistas en términos de retirada del Estado y reconsiderar su intervención fundamental para la producción y reproducción del principio de la competencia como lógica social. Los estudios de Laval y Dardot y los de Brown insisten sobre el rol fundamental del Estado en la proyección de la racionalidad neoliberal, tanto hacia sus propios modos de funcionamiento, como hacia la sociedad toda. En ese sentido, ellos afirman no solo que el Estado responde a las necesidades del mercado y está organizado él mismo según la lógica empresarial, sino que la esfera política se somete a los criterios de utilidad de la racionalidad económica (Cfr. Brown, 2005). Por lo tanto, visualizar el rol activo del Estado en la producción y reproducción del neoliberalismo como racionalidad implica también asumir que la esfera política pierde autonomía.

Por otro lado, esta perspectiva contiene también la potencia crítica de hacer visibles los pequeños hilos que cotidianamente están produciendo subjetivamente al neoliberalismo. Como sostiene Brown “la neoliberalización se produce generalmente más según el modo termita que según el modo león”⁸ (Brown, 2015:35) y por eso, como sostiene Aihwa Ong, también desde la perspectiva foucaultiana, es necesario estudiar al neoliberalismo “no como una cultura o una estructura, sino como técnicas de gobierno móviles que pueden ser descontextualizadas de sus fuentes originales y recontextualizadas en constelaciones de relaciones mutuamente constitutivas y contingentes” (Ong: 2006: 13). Pero, al mismo tiempo, al asumir la perspectiva de esa transversalidad microfísica se reduce epistemológicamente la posibilidad para toda autonomía política y, por lo tanto, para que las democracias puedan conservar cierta soberanía sobre la soberanía del mercado. En todo caso, solo como fracaso de la racionalidad política neoliberal o como resistencia a la misma podría sobrevivir la política democrática según la perspectiva foucaultiana.

En efecto, en el ensayo de Brown de 2005 que Balibar le criticaría luego, se hablaba del fin de la democracia liberal atropellada por la racionalidad neoliberal y la necesidad de que la izquierda haga un duelo (definitivo) tras esa pérdida de una institucionalidad con la que nunca estuvo completamente comprometida. Lagasnerie no se hace la pregunta por la democracia (como sí se la hacen Brown y Laval y Dardot), pero su interpretación del texto de Foucault conduce a una conclusión similar: la racionalidad neoliberal implica la descalificación del soberano. En línea con la crítica a la izquierda melancólica del texto de Brown, para él esa caducidad del poder soberano producida por el neoliberalismo no resulta preocupante, sino auspiciosa para el vocabulario de la crítica. Pero Brown introduce una distinción valorativa que tiene sentido explicitar: mientras que en el ensayo de 2005 se convoca a terminar el duelo por las instituciones de la democracia liberal, en el texto de 2015 se presenta con preocupación la erosión de la democracia asociada al poder del *demos*, retomando el planteo del texto de 2010, *Estado amurallados*, en donde ya se anunciaban los problemas político-subjetivos asociados al declive de la soberanía estatal.

Las distinciones valorativas sobre el concepto de democracia de Brown introducen ya la pregunta de si, con la transformación que produce sobre la política la racionalidad neoliberal no “tira al niño junto con el agua del baño”. En otras palabras, ¿qué se pierde cuando se reduce el espacio para la autonomía de la política junto con la institucionalidad de la democracia liberal que era objeto de la crítica foucaultiana al poder de ley?

Ya desde 2010, para Brown es claro que la soberanía del Estado nación se ve amenazada por este nuevo poder que se extiende como racionalidad de modo global y que eso trae consecuencias antidemocráticas, por lo menos a nivel subjetivo: el deseo segregacionista de muros para restituir, al menos teatralmente, la seguridad del Yo atada a la soberanía del Estado en proceso de desmoronamiento. La escala mundializada del neoliberalismo instituida en el Consenso de Washington implicó la erosión de las soberanías nacionales en pos de la transnacionalización del capital. O incluso lo que Ong ha descrito como zonas de excepción al interior de la soberanía en el mundo asiático, espacios de *graduated sovereignty* en donde el capital tiene absoluta libertad de acción, incluso más allá de los derechos civiles o económicos regulados en el resto del país. En el mismo sentido, en *Estados amurallados*, Brown describe la crisis de soberanía asociada a la globalización que el “deseo de muros” y militarización de las fronteras internacionales expresarían. Como sostiene Balibar en el prólogo a la traducción de su libro al español, se trataría de “una crisis irreversible, que no es la crisis de tal o cual institución soberana, sino la crisis de la soberanía como tal, considerada como una forma histórica”⁹ (Brown, 2015:9).

⁸ Todas las traducciones de este texto que aparecen en este trabajo son propias.

⁹ Balibar discute allí esa tesis de Brown con tres argumentos: la soberanía y la autonomía de lo político siempre existieron solamente en un orden ideal (aunque con eficacia simbólica); no se trataría de un declive de la soberanía sino de su articulación novedosa con otros poderes políticos; la soberanía menguante de los Estados sería la otra cara de la soberanía creciente del mercado financiero global. Esa crítica puede enlazarse con la hipótesis –que en este trabajo retomo– de Balibar en *Ciudadanía* sobre la deriva apocalíptica a la que la perspectiva de la gubernamentalidad conduciría. Luego volveré sobre esa hipótesis.

En efecto, en *Undoing the demos*, Brown se encarga de mostrar que no es solo la soberanía estatal y sus instituciones lo que el neoliberalismo desplaza, sino el poder del *demos*, la soberanía popular asociada incluso a los imaginarios democráticos.

Laval y Dardot rastrean el modo en el que la realización histórica del proyecto neoliberal en la Unión Europea llevó adelante ese antidemocratismo a través de la creación de un sistema institucional de mercado dirigido por una tecnocracia (“la expertocracia de Bruselas”) que gobierna, por sobre las soberanías nacionales, a través de la deuda (tal como ellos ejemplifican en el caso de la Grecia de Syriza y la Troika).

Pero a la vez, identifican que la racionalidad neoliberal produce un cuestionamiento inmanente a la soberanía popular, y es eso lo que ellos rastrean en los textos de Hayek pues “un Estado que adopta por principio someter su acción a las reglas del derecho privado no puede correr el riesgo de una discusión pública sobre el valor de dichas normas, *a fortiori* no puede aceptar remitirse a la voluntad del pueblo para decidir a este respecto” (Dardot y Laval, 2013: 185). En otras palabras, el neoliberalismo solo puede extenderse como racionalidad arrasando todo límite que la democracia, en nombre de la soberanía popular, le oponga a la extensión de la sociedad del derecho privado.

En su último libro, publicado en español como *La pesadilla que no acaba nunca*, ellos se ocupan de mostrar los sentidos en los que el proyecto político-social de los fundadores del neoliberalismo era de por sí antidemocrático. La reducción de la democracia y de la soberanía del pueblo a un procedimiento de selección de gobernantes, la sumisión del Estado a las reglas del derecho privado que deberían instituir al orden social a través de una constitución (como sostiene Hayek en *Los fundamentos de la libertad*) y, como consecuencia de esa constitución económica soberana, la destitución de toda soberanía que pueda estar más allá de esas leyes de la propiedad privada por las que el orden judicial debe velar constituyen los núcleos antidemocráticos del proyecto neoliberal.

La definición de la razón neoliberal como un modo de gobierno que se caracteriza por esa microfísica extensión social del principio de la competencia tiene la potencia de hacer visible el carácter transversal del neoliberalismo, pero al mismo tiempo impide ver las mediaciones a través de las cuales esa razón se extiende. Vale decir, no es solo la autonomía política lo que no tiene espacio sino incluso la posibilidad de pensar la autonomía de un sujeto, que queda aplanado si se reduce su complejidad y se lo piensa como efecto inmediato de un régimen de subjetivación. Quizás por eso, tanto Foucault como Laval y Dardot en continuidad con él estudian los textos doctrinarios, de filosofía, economía política y teoría económica cuando estudian a la racionalidad neoliberal. A pesar de aceptar que la misma convive con otro tipo de tecnologías de gobierno y por lo tanto no puede asumirse el éxito absoluto de ese régimen de subjetivación, el neoliberalismo en sí mismo es presentado a través del rastreo genealógico de sus “fuentes originales”, y no del modo en el que sus técnicas se inscriben en los individuos históricos concretos que padecen y actúan en relación con esas técnicas, poniendo en juego determinados modos de relativa autonomía subjetiva.

En *La nueva razón del mundo*, Laval y Dardot registran una reducción de la heterogeneidad interna del hombre moderno sometido al conflicto entre sus esferas de acción diferenciadas. El sujeto neoliberal arrasa con el hombre moderno desdoblado entre el ciudadano y el *homo economicus*, gracias a una “homogeneización del discurso del hombre en torno a la figura de la empresa” (Dardot y Laval, 2013: 331). Cuando Brown se pregunta por lo novedoso de esta economización de la vida que la razón neoliberal produce, responde pensando la especificidad de este *homo economicus* contemporáneo (Brown, 2015: 33). En primer lugar, señala la cuestión del grado: en el neoliberalismo se es siempre y solamente *homo economicus*. Pero además, este sujeto neoliberal se caracteriza por constituirse como capital humano (y no, como lo describía la economía política clásica como sujeto del intercambio u orientado según el propio interés¹⁰) y, en ese sentido, somete todos los dominios de su vida al criterio de valorización infinita del capital financiero. Es decir, todas sus actividades y decisiones están orientadas hacia el incremento del valor del sí mismo en función de la competencia con otros.

Para Laval y Dardot, la figura del empresario de sí mismo condensa esa unificación de todas las instancias de la vida subjetiva que se vuelven facciones del capital humano que cada uno autoproduce. Los autores llaman a esta normatividad del sujeto impelido a ir más allá de sí bajo el imperativo de la autosuperación “ultrasubjetivación”. No es simplemente porque el neoliberalismo esté muy extendido que no deja resto, sino que se trataría de un dispositivo de subjetivación caracterizado por la máxima de la superación indefinida de todo límite en el sujeto, incluso de su propio cuerpo como límite. La autorrealización aparece como el blanco de este nuevo poder, que, según ellos, se caracteriza por operar sobre el deseo, las emociones, pasiones y creencias.

El sujeto que resulta de allí es entonces plenamente responsable de su destino, pues está impelido a superar todo límite institucional o simbólico que le impida realizar su empresa. De esa manera, el dominio de sí mismo al que se aspira no sigue la norma del equilibrio subjetivo a través de la regulación de las pulsiones, sino la de la autosuperación a través de la intensificación y capitalización de las mismas.

¹⁰ Esa es una de las críticas más específicas que Brown le hace a Foucault. El *homo economicus* del neoliberalismo ya no puede identificarse con aquel que se orienta según su propio interés (como lo era el de Smith) porque “este sujeto está tan profundamente integrado y, por lo tanto, subordinado al subsiguiente objetivo del crecimiento económico que su propio bienestar es fácilmente sacrificado por esos propósitos superiores” (Brown, 2015: 83).

Laval y Dardot se dedican a puntualizar los síntomas que este modo de gobierno de los sujetos produce, síntomas que surgen precisamente de esa desimbolización asociada a la eliminación de todo límite en y para el sujeto. Ellos revisan los diagnósticos clínicos de los padecimientos del sujeto contemporáneo relacionados con el debilitamiento de los marcos institucionales y de las estructuras simbólicas en las que los sujetos constituían su identidad. Sin embargo, esa consideración de los efectos de la máquina de producción subjetiva sobre los individuos no implica que ellos reconozcan que haya un resto del individuo que resiste a la maquinaria, pues los padecimientos que Laval y Dardot registran son parte de las técnicas de gobierno de esos sujetos. En sus palabras: “La empresa de sí tiene dos rostros: uno triunfante, del éxito desvergonzado; y el otro deprimido, del fracaso frente a los procesos imposibles de dominar de las técnicas de normalización” (Laval y Dardot, 2013:379), se trata de dos facetas del gobierno del sí mismo.

4. Límites epistemológicos de la racionalidad de lo ilimitado

Esa transcendencia de todo límite estaba en la base del carácter ilimitado del proceso de valorización del capital descrito por Marx. En su último libro, Laval y Dardot piensan la relación de la racionalidad neoliberal con el capitalismo, con vistas a corregir uno de los límites que Brown había encontrado en la perspectiva de Foucault: su indiferencia con respecto al capitalismo por un lado y a la democracia por otro. En pos de repensar la relación con el capitalismo, ellos asocian ese avasallamiento de todo límite a la ilimitación que Marx había descubierto en la figura de la plusvalía. En ese sentido, lo novedoso del neoliberalismo sería hacer de la ley del capital un régimen de (ultra)subjetivación y de socialización que convierte lo ilimitado de la valorización en un modo de gobierno a través de la libertad sin límites.

La segunda indiferencia de la perspectiva foucaultiana, con respecto a los efectos del neoliberalismo sobre las democracias, es precisamente la preocupación central del libro de Brown de 2015 y del de Laval y Dardot de 2016. Brown sostiene explícitamente que esta nueva figura subjetiva del *homo economicus* no deja rastro para la ciudadanía o para ningún modo de subjetividad política. Al mismo tiempo identifica que la teoría política del propio Foucault produce una invisibilización de la figura del ciudadano debido a su consideración del gobierno como conducción de sujetos y cuerpos no políticos. Ella señala que en los escritos de Foucault la soberanía queda asociada siempre al Estado y nunca a los individuos, por lo que sospecha que “quizás él nunca se haya tomado en serio a esa criatura” capaz de soberanía individual, “el *homo politicus* no es un personaje en la historia de Foucault” (Brown, 2015:86). Por eso, ella sostiene que el análisis de Foucault no permite preguntarse: “¿Qué efectos produce la racionalidad neoliberal sobre la democracia, incluyendo los principios democráticos, las instituciones, los valores, las expresiones, coaliciones y fuerzas? Sobre todo, ¿qué le produce esta racionalidad a un imaginario democrático, a los valores de la autonomía política, libertad política, voz ciudadana, justicia e igualdad?” (Brown, 2015:74).

Esas son precisamente las preguntas que Brown pretende responder haciendo visible el triunfo del *homo economicus* sobre el *homo politicus*, sobre el sujeto que se gobierna a sí mismo a través de su autonomía moral y gobierna con otros a través de la soberanía popular. Lo que se vuelve evidente en el propio texto de Brown es que aquello que para Foucault era invisible es lo que el propio neoliberalismo invisibiliza activamente de manera que, como decía al principio en relación al concepto de racionalidad política en Foucault, la perspectiva epistemológica del último Foucault converge con la transformación histórica que el neoliberalismo produce sobre los modos de gobierno de los hombres.

Para Brown, la derrota del *homo politicus* por el *homo economicus* es un modo de nombrar la novedad histórica que el neoliberalismo produce y que habilita a pensarlo como una racionalidad. Pero comprender la novedad neoliberal como un modo de dominación a través de la conversión del principio del mercado en normatividad social no deja espacio para ninguna autonomía (ni del individuo ni de la política), porque implica entender al neoliberalismo como la lógica de lo existente. De esa manera, si entendemos el neoliberalismo como la racionalidad política de las sociedades contemporáneas, la propia pregunta de Brown sobre los “efectos sobre la democracia” no tendría sentido. Y sin embargo es una pregunta que tiene sentido hacer.

Pero esa indiferencia de la perspectiva de Foucault con respecto a la autonomía política no hace que Brown abandone la hipótesis del neoliberalismo como racionalidad, sino que tanto ella como Laval y Dardot insisten con la pregunta por lo que sucede con la vida política cuando el neoliberalismo la satura. La pregunta hace sobrevivir algo de aquello que la racionalidad neoliberal destruye por principio. Para ellos el neoliberalismo implica un modo de gobierno novedoso por su capacidad de instituir una racionalidad social, de manera que su extensión implica una guerra contra toda autonomía que pueda limitar la sujeción a las leyes del capital:

Ella pretende transformar, o incluso destruir, las instituciones sociales que asegurarían una autonomía relativa individual, familiar y, aún más, colectiva frente al mercado de trabajo y de la subordinación al capital. Los argumentos moralizadores sobre la „virtud“ de la austeridad apenas ocultan el principal objetivo: debilitar hasta hacer desaparecer todo lo que ha permitido que los individuos, especialmente a partir de mediados del siglo xx,

no dependan totalmente del capital y del mercado. Esta guerra tiene el efecto más general la desactivación de toda capacidad de acción colectiva autónoma de la sociedad (Dardo y Laval, 2016: 42) (Traducción propia).

Es por esto y en ese sentido que ellos sostienen que el neoliberalismo trabaja activamente para derrotar a la democracia, imponiéndose como una racionalidad en los individuos y las instituciones que desactiva cualquier posibilidad de resistencia a su lógica. “Si se sostiene que la democracia descansa en la soberanía del pueblo, se pone de manifiesto que como doctrina el neoliberalismo es, no accidentalmente sino esencialmente, un antidemocratismo” (Dardot y Laval, 2013: 391).

Pero esa guerra contra la democracia no se produce en el terreno de la política, ya que este es desplazado hacia la sociedad. Por eso Laval y Dardot sostienen que la lucha política de la izquierda necesita pensar otra racionalidad que implicaría otras formas de subjetivación y de socialización, y no defender una democracia liberal desfalleciente. Citando la hipótesis del texto de Brown de 2005 en donde se sostiene que la izquierda debe dejar de idealizar en términos melancólicos la democracia liberal perdida, ellos sostienen que es necesario responder al neoliberalismo como forma de vida, a través de una experimentación democrática de las masas de no expertos, una experiencia de lo común. Vale decir, más que una respuesta política, el neoliberalismo requeriría una respuesta social que ellos se encargan de pensar en su libro *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*.

Sin embargo, en *Undoing the demos*, Brown insiste con preocupación en la pregunta por los efectos del neoliberalismo sobre el ideal, el imaginario y el proyecto político democrático. Para responderla desde la perspectiva foucaultiana, ella hace foco en la gramática y los términos en los que la racionalidad neoliberal se disemina y llega a la misma conclusión que Laval y Dardot en *La pesadilla que no acaba nunca*: la democracia se desrealiza. El ataque a la democracia se produce en ese nivel a través de la economización normativa de la política que Brown estudia en las lógicas de la gobernanza que asumen las técnicas del *management* empresarial en el Estado, así como en las transformaciones legales que se produjeron en procesos de neoliberalización históricos, como por ejemplo en Irak o Chile.

Sin embargo, la democracia no solo aparece derrotada en términos institucionales, sino también como imaginario cargado de promesas que, aunque nunca realizadas, oponían un límite interno al capitalismo, tal como Brown reconoce incluso en su texto de 2005, en donde le sugería a la izquierda desprenderse de su relación melancólica con la democracia liberal. En el contexto de la crisis securitaria después de la caída de las torres gemelas y el nuevo ímpetu imperialista de EE. UU., Brown se preguntaba: “¿Cuánto necesita el gobierno neoliberal de la legitimidad del vocabulario democrático? (...) ¿Se puede legitimar en sus propios términos sin pedir prestado a otros discursos? (...) ¿Puede dominar como gubernamentalidad sin gobernar como ideología? (Brown, 2005: 49)”. La respuesta que allí se insinuaba se confirma en *Undoing the demos*: las promesas democráticas también son arrasadas por la racionalidad neoliberal que se convierte en el criterio moral para juzgar acciones y políticas de Estado. A pesar de que en 2005 Brown pretendía el duelo por la democracia liberal con la que la izquierda nunca se identificó plenamente, 10 años después ella presenta su preocupación por ese desplazamiento de la retórica democrática que asocia al orden ideológico: las promesas, los criterios del juicio moral, los imaginarios. Ese orden, epistemológicamente invisibilizado por la definición foucaultiana de racionalidad neoliberal¹¹, también estaría siendo desplazado por el principio de la rentabilidad como criterio de todo juicio. Y finalmente, Brown sostiene que sin la democracia “se pierde el lenguaje y el marco con el que somos capaces de responder por el presente y de hacer nuestro propio futuro, el lenguaje y el marco con el que podríamos contrarrestar las fuerzas que si no se apropian de ese futuro” (Brown, 2015: 210).

La preocupación de Brown por los imaginarios democráticos es central en sus escritos, pero solo aparece en términos de pregunta porque la perspectiva foucaultiana desde la que parte para pensar el neoliberalismo ocluye el espacio lógico para estudiar todo lo que no sea el régimen de subjetivación. No es que el neoliberalismo no se expanda como una racionalidad social, sino que hay un exceso de lo político que esa formulación de la teoría del poder de Foucault reduce, pues es llevado adelante por sujetos, con políticas concretas, con determinadas instituciones y justificaciones subjetivas.

Para sostener una investigación sobre los imaginarios democráticos, sería necesario asumir que hay algo diferente de la racionalidad social según el principio de la competencia, una relativa autonomía política que no está absolutamente reducida al modo de gobierno neoliberal. Y ese bloqueo que la perspectiva epistemológica produce se refleja en los materiales y registros en los que tanto Brown como Laval y Dardot estudian el antidemocratismo de la racionalidad neoliberal. Los nuevos modelos de gobernanza internacional que se ponen en práctica en Europa, la transformación del sistema universitario o los textos fundacionales del neoliberalismo que Foucault también estudiaba son los materiales en los que es posible rastrear los efectos de ese régimen normativo sobre las democracias, pero el nivel de las fantasmagorías, las promesas o de los espectros de la democracia solo aparece en las preguntas sin que sea abordado directamente. Eso es justamente porque pensar el neoliberalismo como racionalidad que economiza absolutamente la política arrasa incluso con el espacio

¹¹ Según Lagasnerie, esa invisibilización que implica el abandono del “lenguaje del Estado” es precisamente la operación crítica de Foucault: “Es una estrategia. Es, para Foucault, una táctica teórica que permite entrever la forma que podría tomar una ofensiva contra la sociedad disciplinaria: es uno de los puntos de apoyo posibles para la elaboración de prácticas de desujeción” (Lagasnerie, 2015: 113).

para la pregunta por una politicidad que no se reduzca a efecto de los regímenes de subjetivación. Aunque se reponga la pregunta por la democracia o por la soberanía del sujeto que, según Brown, a Foucault le faltaba, una investigación que asume que el neoliberalismo es esa racionalidad política novedosa ocluye la posibilidad para toda autonomía y, por lo tanto, para estudiar el modo en el que las ideologías funcionan y producen, por ejemplo, efectos desdemocratizadores en el nivel de los imaginarios.

Fue Balibar quien le ha señalado a Brown el efecto que la perspectiva de la gubernamentalidad tiene sobre la política. En su ensayo *Ciudadanía* sostiene que la tesis de Brown implica que la novedad del neoliberalismo es en realidad:

El nacimiento de una forma en extremo paradójica de la actividad política, puesto que no solo tiende a neutralizar tan completamente como sea posible el elemento de conflictividad (...), sino que quiere privarla de antemano de todo significado (...). Por consiguiente, de hecho, no se trata [para la perspectiva foucaultiana] tanto de política como de antipolítica, de neutralización o de abolición preventiva del antagonismo sociopolítico (Balibar, 2013:169)¹².

La interpretación de Brown asumiría entonces que el neoliberalismo produce una radical crisis de la política misma, y por eso sostenía que no habría razón para defender melancólicamente los restos de la democracia liberal ya derrotada. Sería la perspectiva de la gubernamentalidad la que conduce a las hipótesis apocalípticas sobre la posibilidad para la lucha política en nombre de la democracia¹³, lucha que, sin embargo, Brown pretende seguir dando en *Undoing the demos*. Allí, ella parece haber reconocido la crítica que Balibar le hace a su texto de 2005 que anunciaba el fin de las democracias liberales, y por eso repone la pregunta por la relación del *homo economicus* con el *homo politicus*. Pero lo que intenté mostrar es que se trata de una falsa pregunta, pues está contestada desde el principio si se asume que el neoliberalismo es esa novedosa racionalidad política antipolítica.

A la hora de pensar la articulación del neoliberalismo con la politización del autoritarismo social, condensada en las figuras de Trump o Bolsonaro, pero que se extienden de diversas maneras en las sociedades capitalistas contemporáneas, abrir el espacio para la pregunta por la política y por los imaginarios democráticos resulta fundamental. El antidemocratismo del que somos contemporáneos¹⁴ ya no puede entenderse como la mera destrucción del espacio de la autonomía de lo político y de la decisión soberana en pos de la extensión del principio del mercado. La erosión de las democracias que el neoliberalismo produce hoy sucede también en el ámbito de los imaginarios, enlazándose con prejuicios sociales antidemocráticos con historia propia como el racismo. Y a la vez se trata de un antidemocratismo profundamente politizado que quizás solo fue posible después de la despolitización tecnocrática de un periodo anterior (fenómeno al que sí se refieren Dardot, Laval y Brown), pero que hoy no puede reducirse a eso.

Frente a esa limitación de los estudios críticos sobre el neoliberalismo que asumen la perspectiva foucaultiana, resulta productivo insistir en la potencia de concebir el neoliberalismo como una ideología que no constituye ningún edificio teórico coherente, sino más bien un entramado de sentidos que se articula subjetivamente de manera contradictoria. Al estudiar los discursos doctrinarios o las transformaciones normativas de las democracias capitalistas que construyeron al mercado como lugar de veridicción, la perspectiva foucaultiana asume que el neoliberalismo logra eficazmente sus propósitos y, por lo tanto, no permite interrogar los modos contradictorios en los que sus tecnologías se articulan en ese orden imaginario. De esa manera, se aplanan el orden de los imaginarios y se reducen las posibilidades para la propia acción política. Preguntarse por cómo se construye la verdad como verdad, tal como Foucault pretendía, deshace el lugar de una crítica capaz de mostrar las contradicciones internas de esa verdad y sus paradójicos modos de existencia históricos.

Las transformaciones normativas que deshacen las democracias tienen que ser estudiadas, así como los regímenes de subjetivación que la economización de la política instituye. Laval y Dardot y Brown dan grandes pasos en ese sentido identificando transformaciones normativas y señalando sus consecuencias antipolíticas.

¹² Por el contrario, Balibar sostiene la irreductibilidad del conflicto político que él rastrea en diferentes antinomias que el concepto de ciudadanía significó históricamente para las democracias (como ser: inclusión/exclusión, insurrección/constitución, lucha social/institución). El neoliberalismo sería un momento destructivo de esa antinomia que pretende quitar al conflicto su rol constituyente, es decir, despolitizarlo, ya sea instrumentándolo o relegándolo a zonas sacrificadas. Por eso, no se trataría del fin de la política, ni de la democracia, ni de la soberanía, como Balibar sugería en su prólogo a *Estados amurallados*.

¹³ Hay diversos sentidos de la democracia que tanto Laval y Dardot como Wendy Brown muestran como amenazados por la racionalidad neoliberal: la institucionalidad liberal, la soberanía nacional pero junto con ella la soberanía popular, y por último la posibilidad de la lucha política. Es ese último sentido el que aparece como el más preocupante para todos estos pensadores (también para Balibar) porque es el que ocluye el espacio para todo intento de transformación social. Por eso, aunque no haya espacio aquí para desplegar esta problemática teórica sobre el concepto de democracia que está en juego, es posible identificar en los textos trabajados una concepción agonista, una valoración del conflicto político como determinante para que otros sentidos de lo democrático puedan aparecer.

¹⁴ No es el objetivo de este trabajo desplegar un análisis de este antidemocratismo en el que se anuda la descalificación de las instituciones liberales de las democracias occidentales, el autoritarismo social asociado a prejuicios históricos específicos en cada país o región y la erosión de la esfera pública digital producida por lo que se empezó a denominar recientemente "discursos de odio" (se puede consultar una definición tentativa en el documento de las Naciones Unidas de 2019: www.un.org/en/genocideprevention/documents/advising-and-mobilizing/Action_plan_on_hate_speech_ES.pdf). En todo caso, intento interrogar una perspectiva epistemológica adecuada para comprender la complejidad de los diversos elementos que no pueden dejar de considerarse a la hora de realizar un estudio crítico sobre la relación entre este antidemocratismo y el neoliberalismo.

Pero también ellos registran que hay que seguir haciendo la pregunta por los imaginarios democráticos, los deseos subjetivos, los espectros y las promesas incumplidas. Es ese más allá de la dimensión normativa del neoliberalismo lo que un concepto de ideología puede permitir abrir. No alcanza con hacer la falsa pregunta por los efectos de esta racionalidad antipolítica en los imaginarios políticos, sino que es necesario repensar qué es lo que el neoliberalismo nombra. ¿Es un modo novedoso de lo político que implica su propia destrucción, o su antipoliticismo es uno de los núcleos ideológicos que la crítica debe mostrar como actualización de viejos sentidos y prácticas políticas, y como construcción de nuevos sujetos políticos (y no solo como formas de sujeción)?

Lo que se cifra en el nombre del neoliberalismo determina las preguntas que podemos hacer para comprenderlo, así como los materiales en donde vamos a buscarlo. Si lo pensamos como una ideología que funciona a través de un régimen de subjetivación y una serie de normatividades prácticas pero que no se reduce a eso, sino que opera políticamente, construye imaginarios e interpela a sujetos políticos, es posible preguntarse cómo es que el neoliberalismo “convence”, e indagar los sentidos y afectos históricos con los que se enlaza.

Esto no implica reutilizar ese mismo concepto de ideología como “acompañamiento” que Foucault criticaba por su desconsideración de la dimensión microfísica del poder. Es posible atender a esa dimensión insistiendo en la necesidad de mostrar los modos en los que lo falso opera en lo verdadero para no creerle entonces al neoliberalismo su desnudez política. Esto sí implicaría introducir una cuña en el anudamiento entre saber y poder pues, asumiendo una perspectiva epistemológica que no nos permita mostrar lo falso de sus verdades, el efecto de verdad se fortalece. Al fin y al cabo, si el neoliberalismo pretende eliminar las mediaciones políticas, la crítica ¿no debería encargarse de hacerlas visibles, sosteniendo la pregunta por sus imaginarios, sus interpellaciones, sus modos de lucha y de lidiar con el conflicto, en lugar de asumir como punto de partida que todas las mediaciones son arrasadas por la economización de la política?

Para observar el modo en que esas transformaciones normativas del neoliberalismo son determinadas por las historias políticas nacionales, se superponen con otros regímenes de subjetivación políticos y se articulan o transforman determinados núcleos de sentido de las democracias realmente existentes, es necesario ampliar la perspectiva epistemológica limitada por el concepto de racionalidad. No se trata de abandonar la perspectiva foucaultiana, sino de hacer visible lo que ella invisibiliza, y repensar los modos para ampliar las investigaciones sobre el adjetivo de nuestros tiempos, con el objetivo de captar mejor las dinámicas de nuestros antidemocratismos contemporáneos.

5. Bibliografía

- Althusser, L. (2015): *Sobre la reproducción*, Madrid, Akal.
- Balibar, E. (2013): *Ciudadanía*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Brown, W. (2005): “Neoliberalism and the end of liberal democracy”, en *Edgework. Critical Essays on knowledge and Politics*, New Jersey, Princeton University Press.
- Brown, W. (2015): *Estados amurallados, soberanía en declive*, Barcelona, Herder.
- Brown, W. (2015): *Undoing the Demos. Neoliberalism's Stealth Revolution*, New York, Zone Books.
- Castel, R. (2002): *La metamorfosis de la cuestión social*, Madrid, Paidós Ibérica.
- Crouch, C. (2004): *Posdemocracia*, Madrid, Taurus.
- Dardot, P y Laval, C. (2013): *La nueva razón del mundo*, Barcelona, Gedisa.
- Dardot, P. y Laval C. (2015): *Común. Ensayo sobre la revolución del siglo XXI*, Barcelona, Gedisa.
- Dardot, P. y Laval, C. (2016): *L'étrange victoire. Comment le néolibéralisme défait la démocratie*, Paris, La Découverte.
- Foucault, M. (1992): *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de La piqueta.
- Foucault, M. (1995): “¿Qué es la crítica? Crítica y Aufklärung”, *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, 11, pp. 5-26.
- Foucault, M. (2007): *El nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2010): *Defender la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de cultura Económica.
- Lagasnerie, C. (2015): *La última lección de Michel Foucault. Sobre el neoliberalismo la teoría y la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Montag, W. (1995): “El alma es la prisión del cuerpo: Althusser y Foucault”, *Youkali. Revista crítica de las artes y el pensamiento*, 8, pp. 155-159.
- Ong, A. (2006): *Neoliberalism as exception. Mutations in citizenship and sovereignty*, Durham NC, Duke university press.
- Streeck, W. (2016): *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Buenos Aires, Katz.